

Moral: guardarse de las habitaciones recientemente concluidas i desconfiar de las colgaduras i pinturas que esparcen un olor nauseabundo.

Desconfiese, asimismo, de los cuellos de papel que hemos tomado a los americanos. El papel-lienzo tiene mas brillo i frescura que la tela; no cuesta mas que el precio del lavado del lienzo i por esto muchas jentes se sirven de él con preferencia. Desgraciadamente, parece que el brillo del papel-lienzo se lo dan con ayuda de preparaciones arsenicales. Ultimamente, un inglés aficionado a los cuellos de papel, fué acometido de un malestar cuyos síntomas recordaban los de un envenenamiento por el arsénico.

El doctor Adams, de Lóndres, analizó los cuellos i descubrió en ellos una proporcion notable de arsénico. Es probable que el rozamiento del cuello del ingles contra el de papel, desprendiera partículas arsenicales, que penetrarian en la economía por la cútis o por las vías dijestivas.

Así, pues, durante los grandes calores, guardémonos de los cuellos postizos con arsénico.

BIBLIOGRAFÍA. El matrimonio i las costumbres en Francia, por Luis Legrand, obra coronada por la Academia de ciencias morales i politicas.—Artículo de Ch. Gabriel.

A propósito de las costumbres matrimoniales del antiguo régimen, citaba esta frase de Turgot: «Hace tiempo que pienso que nuestra nacion necesita que se le predique el matrimonio, i el buen matrimonio.»

M. Luis Legrand es de la misma opinion que Turgot: cree que necesitamos que se nos predique el matrimonio, i el buen matrimonio.

¿Bajo cuáles condiciones es bueno el matrimonio? ¿Qué circunstancias lo malean? Cuestiones delicadas, a propósito para seducir a un moralista que es a la vez un jurisconsulto i un lejislador. No es esto todo. Sin ser atacado directamente, el matrimonio está espuesto en nuestros días a proyectos de reformas que lo comprometen singularmente, que tal vez aun lo destruirian por completo si llegaran a triunfar.

Léjos de predicarnos el buen matrimonio, es decir, como se ha creído hasta ahora, el matrimonio indisoluble, teóricos atrevidos nos predicán el divorcio; algunos no se detienen i llegan hasta la

union libre. Libros, diarios, conferencias, novelas, comedias, son puestas al servicio de esas tesis peligrosas. Importa, pues, que la refutacion no se haga esperar. M. Luis Legrand la lleva a todos los puntos. «Es quimérico e inmoral, observa, pensar en la supresion o transformacion de la monogamia. Se ha dicho, con razon: toda nueva doctrina sobre el matrimonio es una doctrina contra el matrimonio.»

M. Luis Legrand se atiene, pues, a la antigua doctrina, a la doctrina clásica; rechaza todas las innovaciones modernas; no quiere cambios, porque hai instituciones asi hechas que no se las podría cambiar sin romperlas. Asi como en música ciertos artistas suprimen de la idea musical, la melodía, i llaman atrevidamente a eso la música del porvenir, asimismo en el matrimonio ciertos doctores hacen desaparecer los elementos esenciales que lo constituyen, i nos declaran que eso es un gran progreso. Está bien! Pero M. Luis Legrand está por el matrimonio del pasado, no por el del porvenir. Otros buscan la orijinalidad en la paradoja; él la encuentra en la esposicion i defensa de las verdades de sentido comun, que la moral, la lógica i la historia, han igualmente establecido de siglos atrás.

No debe, por consiguiente, pedirse al libro de M. Luis Legrand ninguna de esas teorías ruidosas que tanta boga tienen en estos momentos: no se encuentran en él sino sabios consejos, útiles reflexiones i preciosos datos. M. Luis Legrand no nos enseña nada nuevo; no hace mas que repetirnos en muy buenos términos lo que mil otros habian dicho antes que él.

El matrimonio es un campo que ha sido explorado, cultivado, en todos sentidos i a todas las profundidades; los mas hábiles no descubrirían el menor rincon olvidado, los mas fértiles en recursos no harían nacer en él la menor flor o el menor fruto que no haya brotado desde hace tiempo. Cada dia esa tierra fecunda produce la misma cosecha, cosechas harto mezcladas, ¡allí en que la zizania nacia con el buen grano; como en la parábola del Evangelio!

Pero, ¿de quién es la culpa sino de los hombres que se casan mal? ¿Con qué derecho se quejan de una suerte que ellos mismos han preparado? Excelente en sí mismo, el matrimonio llega a ser a veces como todas las cosas humanas, detestable en la práctica. Es dañado por el interes o la vanidad que comprometen su orijen; échalo a perder la lijereza o la incuria que lo entrega a todos los azares de la vida; la imprudencia que, no vijilando bastante las consecuencias, lo deja muchas veces dejenerar en simple union material.

Es un arte mui difícil el de saber casarse; es, se dice, un arte mas difícil todavía que saber usar del matrimonio. Todo el mundo no sale bien; las jentes mas espirituales pueden fracasar. ¿Por qué? Es lo que M. Luis Légrand explica con mucha competencia en una série de capítulos llenos de reflexiones de buen sentido, mui útiles de meditar.

No pudiendo seguir a M. Légrand a través de todos sus capítulos, me detendré en el mas importante.

Lo que hace que un gran número de casamientos sean imperfectos, es la edad en que se les contrae. «En jeneral, ha dicho M. de Gasparin, se casan los hombres demasiado tarde i las mujeres demasiado temprano.» Palabras de una exactitud sorprendente; i que dan la razon, no solo de las crisis terribles que atraviesan ciertos matrimonios, sino del simple malestar que se encuentra en muchas uniones, por lo demas mui regulares.

Si consultamos la estadística, vemos que la edad media del matrimonio para los hombres, en el Sena, es de treinta i dos años; en las ciudades, treinta i uno; en los campos, treinta; i para las mujeres, veintisiete años en el Sena, veintiseis i medio en las ciudades, veintiseis en los campos. Pero debemos desconfiar siempre de la estadística, o por lo ménos, interpretarla con inteligencia.

Las cifras que acabo de citar son dadas por la masa popular i rural que ha conservado costumbres sencillas, i no por las clases elevadas de la sociedad, de las que hai mas que preocuparse cuando se trata de una cuestión delicada de moral social.

Si las mujeres no se casaran sino a los veintiseis años, se casarian demasiado tarde; en realidad se casan la mayor parte del tiempo antes de los veinte años; los hombres despues de los treinta. A veces estas desigualdades son mucho mas chocantes: jóvenes de diecisiete a dieziocho años se casan con hombres de cuarenta años.

¿Cómo se quiere que uniones tan desproporcionadas traigan la intimidad de los corazones i de las voluntades que, segun el mismo código, es el fin del matrimonio? El hombre está ya gastado; ha perdido todas sus ilusiones; no cree ya en las mujeres, a no ser que crea demasiado; es incapaz de sentimientos ardientes, i jamás se eleva en su alma despojada de todos los graciosos instintos de la juventud, ese no sé qué de delicado, de cándido, de esquisito que una jóven, aun la mas seria, espera siempre hallar en el matrimonio.

Los gustos difieren todavía mas que los sentimientos i las ideas.

El marido ha agotado todos los placeres del mundo, i solo siente el cansancio; la mujer, por el contrario, aspira con todo su ser el goce de una existencia en que todo es nuevo, brillante i seductor para ella. Así, pues, no se establece desde el primer día entre ellos esa especie de comunidad de impresiones que proviene de la misma manera de comprender la vida.

Mientras ella la adorna con todos los encantos de su imaginación apenas despertada que ha entrevisto en los ensueños sin fin de la infancia; mientras ella espera toda suerte de resultados maravillosos i cada nueva combinacion de cosas le parece que debe producir un episodio imprevisto, el marido las conoce por experiencia: sabe que ella no puede darle mas de lo que ya le ha dado; le pide solo el reposo i algunos goces tranquilos. Para la primera, el matrimonio es un estreno; para el segundo, es un retiro. ¿Es posible que tal diferencia en la manera de sentir no ocasione sino disgustos, por lo ménos, errores?

Si la mujer está dotada de bastante razon natural, muy pronto comprenderá su error; se someterá a los sentimientos de su marido; adquirirá el hábito de ver por sus ojos; reconocerá que se habia engañado sobre el mundo i que no le reservaba ninguna de las fiestas cuyo deslumbrador espectáculo se habia dado de antemano ella misma. Pero este descubrimiento dejará en su alma un vacío profundo, que un día u otro quizás tratará de llenar. No se suprime la juventud, se la aplaza; i cuando viene demasiado tarde, no viene sin peligro.

Amenudo llevan al altar, dice M. Luis Legrand, a jóvenes que no son mas que niñas. En vano la mujer es mas precoz que el hombre; no nace, sin embargo, formada: aun cuando su desarrollo físico está o a lo ménos parece terminado, su desarrollo moral permanece aun por algun tiempo incompleto. Si la casan a esa edad, la intelijencia infantil no comprende, ni la seriedad de los grandes deberes matrimoniales, ni la seriedad de la pasion. Se aventura en una union indisoluble como una partida de placer, sin conocimiento de causa i sin reflexion. No lleva al hogar un verdadero amor; el amor, que es un fruto que no llega a la madurez sino en las almas adultas, no se despertará en ella sino mas tarde, pero es de temer entónces que sea por otro que su marido.

M. Luis Legrand está en la verdad. Al suponer lo que sucede en efecto, que, gracias a una madurez precoz, una joven que se casa demasiado temprano, comprenda la seriedad de los deberes matrimoniales, no comprenderá lo sério de la pasion, que, sin em-

bargo, es un elemento mas esencial todavía de la felicidad en el matrimonio.

En cambio, el hombre que se casa demasiado tarde, tampoco lo comprende. Ha pasado por tantas pruebas, por tantos sentimientos diversos, que su corazón se ha gastado. Se necesita cierta inocencia, cierta frescura de emociones para ser un marido cumplido.

Dícese de ordinario que un marido debe ser de mucha mas edad que su mujer, a fin de poder guiarla en la vida, formar su alma i su voluntad, i apropiarla, por decir así, por una educacion nueva, a su manera personal de vivir i de pensar.

La observacion es en parte muy justa. Cuando un hombre demasiado jóven se casa con una mujer demasiado jóven tambien, no teniendo ninguno de ellos sobre el otro una accion decisiva, resulta amenudo, desde que el amor se extingue o debilita, un desacuerdo, o, por lo ménos, una falta de armonia que puede llegar a ser peligrosa si los caractéres no se han confundido, i se han desarrollado en direcciones opuestas.

Por el contrario, un hombre de un espíritu maduro, que conoce todos los pliegues del corazón femenino, sabe educar una jóven, desarrollar su espíritu, doblegarla invisiblemente a sus propios arranques, de manera que concluya por no sentir de otro modo que él. Pero si ese hombre no ha conservado bastante su juventud, aun cuando fuera el mas profundo de los moralistas, no saldrá bien en esa obra delicada, mas que ninguna.

Las mujeres son muy finas, i resisten a una accion que no está desprovista de egoismo. Aun cuando uno se esfuerce en hacerlas razonables, es preciso amarlas; pues el lenguaje del corazón es el único que puede explicarles hasta las sequedades de la vida. Pero cuando se comienza a declinar hácia la segunda pendiente de la edad, no se sabe ya conservar todo su encanto al lenguaje del amor. Hai ciertas niñerías de la pasion a las que uno, en esa edad, ya no se presta, o a las cuales se presta sin gracia. Cuesta ocultar a su mujer que se la encuentra niña; no se trata siquiera de ocultárselle, i esto la impide dejar estallar exteriormente todas las secretas impresiones de su alma. Lo que ella así aguarda por timidez, por temor de no ser comprendida o de excitar una sonrisa, es a veces, lo que hai en ella de mas tierno, de mas injénuo, de mas conmovedor.

Vale mas para un marido uu poco ménos de razon i mucho mas de ternura.

«Si es verdad que el matrimonio exige la madurez, dice M. Luis

Legrand, es verdad tambien que la da. Nada hace madurar mas como una responsabilidad: un hombre casado de veinticinco años es casi siempre mas sério que un soltero de treinta.

«Por otra parte, una cierta inesperienza puede ser útil al principio del matrimonio: quiero hablar de esos entusiasmos jenerosos, de esas ardientes ilusiones, de esas vivas pasiones que el estudio de los hombres i el progreso de los años enfrian en nosotros. Si hai quimeras, es bueno que los esposos las hayan adorado juntas. Su adhesion permanecerá mas íntima.»

Esto es lo que Franklin espresaba por su parte, bajo una forma bien diferente, pero con la graciosa sencillez del buen sentido de su raza i de su país: «Nosotros los norte-americanos, decia, nos casamos desde la mañana de la vida. Nuestros hijos son educados i establecidos en el mundo al mediodia, i nuestros negocios, a este respecto, habiendo terminado, tienen una tarde i una noche de grato descanso.»

¡Admirable programa de existencia! ¿Quién no querria haberlo cumplido? De seguro que únicamente él puede dar enteramente la felicidad. Para encontrar en su mujer un objeto de continúa i apasionada ocupacion, es preciso casarse en la mañana de la vida, en la aurora de los sentimientos, en el momento en que el amor invade el corazon i lo perturba deliciosamente.

M. Luis Legrand hace notar con una rara finura de moralista que no hai otro medio que ese de preservar su propia felicidad, no digo, solo de los grandes huracanes, sino de esas ligeras borrascas que dejan siempre en pos algunas flores desarraigadas del jardin del alma.

Nada difiere mas de los celos que esa ocupacion constante. Un marido celoso es siempre fatigoso i mui luego llega a ser ridículo. Si le sucede alguna desgracia, la ha merecido; no es de compadecerle. Pero un marido cuya solicitud por su mujer no es de todos los instantes, es igualmente torpe i no es indigno de la misma suerte que un marido celoso.

No se trata ni de vijilancia ni de tutela. Se trata de ternura durable, de interes sosténido, de asiduidad constante. ¿qué puede haber de mas atrayente que consagrarse sin cesar a la observacion i a la direccion de una mujer amada, hacer nacer sus pensamientos i seguir su desarrollo, dar un alimento perpétuo a su imaginacion, despertar i satisfacer su sensibilidad; todo esto sin inquisicion, sin que aun ella pueda sospechar la atencion incesante de

que es objeto, o mas bien, sin que pueda ver en esa atencion otra cosa que una prueba de amor?

Para un espíritu delicado no hai estudio mas interesante que el de un corazon; pero cuando se estudia un corazon femenino, no es solo el espíritu el que se encanta. Si los resultados corresponden al esfuerzo, la dicha es completa. Tomar una alma jóven, cándida, ardiente, una imaginacion virgen, un corazon que solo ha latido por ensueños, i formar de todo esto un ser tal como se le concibe, tal como se le desea i ama, ¿no es una verdadera creacion?

Pero, una vez mas todavía: es preciso ser jóven uno mismo para comprender las seducciones de semejante obra i para consagrarse a ella sin reserva. Mas tarde, es demasiado tarde; la mano no es bastante lijera para tocar sin romper los resortes frágiles de una organizacion femenina; se corre el riesgo de producir un efecto opuesto al que se deseara: lo mas cuerdo es abstenerse. Por lo demas, se le hace sin trabajo, pues el torrente de los negocios, de la ambicion i del interes os arrastran. El hogar se ha convertido en un sitio de reposo donde se piensa en no pensar en nada.

Pero, como lo nota M. Luis Legrand, hai todavia allí un peligro. «Es casi de uso en Francia, dice M. Legrand, hacer la corte a toda mujer amable o bonita que uno encuentra..... Esta exesiva cortesía tiene dos defectos: carece de discrecion i de mesura; ademas tiene siempre el aire i a veces la intencion de pedir su recompensa. Todo esto se hace sin que nadie piense en escandalizarse. Esas maneras de ser son admitidas..... El peligro quizá está a veces en este equívoco, siempre mal aclarado: hai toda suerte de peligros en dejar a la política tomar las apariencias de la seduccion; esto hace que se deje a la seduccion inmiscuirse bajo la capa de la política. Al abrigo de esta cómoda ambigüedad, los hombres pueden, sin levantar resistencias ni siquiera alármas, ir muy léjos, sondar i tentar impunemente los corazones.»

Si los hombres deben casarse jóvenes, la consecuencia de este principio es que, pasada cierta edad, no deben ya casarse. Amenudo se ha propuesto establecer penas civiles contra el celibato. Los hombres casados que miran a los solteros como enemigos, han hecho resonar en sus oidos amenazas semejantes a las leyes Julia i Papia Poppea, espedidas en tiempo de Augusto en favor de los maridos i padres de numerosas familias.

Esta intrusion del estado en las cosas del corazon es de todo punto insostenible. El celibato no es solo, como se afecta creerlo, el recurso de los dispicados que no quieren sacrificar sus placeres a

la austeridad de la vida conyugal: es tambien el refugio de los hombres que no se sienten ya capaces para cumplir los deberes del matrimonio, sea porque las necesidades de la existencia les hayan impedido contraerlo en la hora propicia, sea que una gran pasion haya lastimado su alma i no les permita sentir ninguna nueva pasion. ¿Se deberá obligarlos a casarse sin amor? ¿Se deberá castigar por no haber encontrado el amor donde no han podido obtenerlo? ¿Con cuál derecho se les castigaria?.....

Consentir en vivir de recuerdos i pesares es ya bastante duro, para que se agregue a esta primera pena la de pagar un impuesto en provecho de jentes felices que han encontrado el amor en el matrimonio. M. Luis Legrand rechaza, pues, todo proyecto contrario a la libertad del celibato: «Habrá siempre bastantes matrimonios para la prosperidad de la república, repite con Portalis; lo esencial es que haya bastantes buenas costumbres para la prosperidad de los matrimonios.»

No he tomado mas que un lado del libro de M. Luis Legrand, un lado capital en verdad, pero que en la obra ocupa un espacio restringido. M. Luis Legrand habla además, con largos desenvolvimientos, de la educacion de ambos sexos en vista del matrimonio; de la formacion de los enlaces en que el interes i la conveniencia presiden ¡ai! casi solos; de los malos matrimonios; del casamiento bajo el punto de vista social; del divorcio i de la separacion; de la igualdad de los sexos i de la autoridad marital; de la legislacion sobre hijos naturales, etc., etc.

No es tocando la legislacion como se harán buenos enlaces. Las costumbres i no las leyes son las que deberian reformarse. I aun la reforma de las costumbres no detendrian el efecto de ese estrafio pero soberano acaso que decide de la suerte de la mayor parte de las uniones.

¿Cómo prever de antemano las desigualdades de carácter, los choques de imaginacion, que estallan a veces en los mejores matrimonios? ¿Como retraer o impedir esos encuentros súbitos o esos alejamientos eternos que de repente ponen en presencia o alejan para siempre uno de otro dos corazones que un sentimiento invisible acercaria? ¿Cemo proceder para que esos encuentros no se produzcan demasiado tarde? ¿Cómo prevenir la fatalidad de esos alejamientos? Somos juguete de una fuerza inconducente, irónica, que nos trata como le place. Una injusticia absoluta preside a su accion brutal. Uno que nada ha hecho para obtenerla, encuentra la elicidad; otro que ha consagrado su juventud en preparársela, ve

de improviso sus sueños arrebatados por uno de esos golpes de que jamás se levanta el hombre; a veces uno está pronto a tocar esa felicidad i se os escapa; a veces viene a ofrecerse i se la deja escapar; a menudo se la falla por algunos años, por algunos días, por pocas horas.

La vida entera depende de acontecimientos fortuitos sobre los cuales no tenemos ningun poder. ¿Debemos sublevarnos contra ellos o soportarles con resignacion? Cuestion de temperamento que cada cual resuelve con sus nervios i su corazon, mas bien que con su conciencia, su espíritu i su voluntad.

FILOSOFÍA MORAL, la Urbanidad.—Artículo del miembro de nuestra Facultad de Humanidades don Juan G. Courcelle Senvil.

La urbanidad es una continuacion, i, hasta cierto punto, un apéndice de la Moral; i se ha observado con mucha justicia que el hombre de una moralidad perfecta seria urbano naturalmente sin enseñanza alguna especial. Entre la moral i la urbanidad hai esta diferencia: que la primera reglamenta los pensamientos i las acciones importantes, mientras que la segunda solo se ocupa de las formas.

Toda urbanidad general consiste en definitiva en dar constantemente al prójimo testimonios de benevolencia, en sacrificar, hasta cierto punto, nuestras comodidades en obsequio de las de otro individuo. Es lo que haria, naturalmente i de buena fe, un hombre animado i de una caridad perfecta. Evitaria igualmente las palabras, los tonos, las maneras desagradables i se esforzaria en agradar, en inspirar a los demas la benevolencia de que se sintiese animado. Es útil ademas que, aunque no se sienta esta perfecta caridad, las relaciones cotidianas que los hombres tienen entre sí conserven una imájen, una semejanza aunque débil, un recuerdo para traerles a la memoria sin cesar lo que deberian ser los unos para con los otros.

Ademas de la urbanidad general, que es una apariencia de poner en práctica la moral, hai una urbanidad especial, fundada en el orden social establecido, que asigna a cada uno un lugar, un rango, que da o rehusa las distinciones sociales. Esta segunda parte de la urbanidad, que era considerable en las antiguas sociedades clasificadas, tiende a desaparecer de las sociedades modernas